La recepción del personaje Pedro Páramo

La novela de Juan Rulfo forma parte de un grupo de textos de la narrativa hispanoamericana de nuestro siglo que, ya por el juicio cualitativo en relación al conocimiento profundo de la problemática, ya por la frecuente búsqueda de lo «representativo» en esta narrativa, han alcanzado fama universal, de manera que parece que todos los posibles aspectos de estos textos, incluido *Pedro Páramo,* ya están analizados. Las tres décadas de recepción intensa de *Pedro Páramo* por parte de un lector público diverso y de su crítica multiforme admiten, sin embargo, una posibilidad e intento de revisión de algunos aspectos que se han perfilado de este último eslabón en el proceso de comunicación que representa toda obra literaria.

Dejando de lado el análisis completo de los personajes de la novela, me limitaré a la cuestión de la relación entre la realidad literaria y la extraliteraria en el análisis del personaje Pedro Páramo, es decir, a la relación que en algunos tipos de análisis se forma entre el dicho personaje y el símbolo por el que se toma. En el análisis literario se ve frecuentemente el deseo de buscarle al personaje de la obra un correlativo fuera del contexto en que este mismo personaje existe. Por consiguiente, a veces se llega a conclusiones despistadas que anulan la índole del signo que tiene el personaje dentro de su propio sistema que es el texto. En el caso del personaje Pedro Páramo, la profusión en la correlación inmediata entre la realidad literaria y la extraliteraria ha resultado con interpretación simbólica, que se ha servido de rasgos histórico-sociales y míticos, reconocibles dentro del contenido.

Es bien evidente, y se ha observado muchas veces, que Pedro Páramo no es un personaje elaborado de manera auctorial, sino más bien delineado. Su conducta es propia de un cacique rural, y de su interior conocemos tan sólo su frustrado amor por Susana San Juan. Tomando en cuenta las características que forman la imagen de cacique (pudiente, violento, vicioso, materialista, implacable) se tiene presente determinado tipo cuyas características comprendemos. El análisis y la explicación de la narrativa hispanoamericana gustan buscar varios tipos de esta índole para extaerles características que sirven de explicación de determinados tipos de vida, costumbres, etc., en determinado medio ambiente. Las características de tirano local que tiene Pedro Páramo se suman a las de otros personajes que corresponden al mismo tipo, en obras de muy distinta naturaleza, o a las de tipo de tirano hispanoamericano en la literatura en general. Esto permite divisar ciertas recurrencias temáticas a lo largo de la historia de la narrativa hispanoamericana (aquí entran temas como «novela de la dictadura» y otras parecidas) y al mismo tiempo impide un análisis justificado por todo aquello que le es propio al personaje determinado, Pedro Pàràmo, en la novela de autor determinado, Juan.Rulfo. Por el otro lado, las equivalencias que se han hecho

entre el personaje y el tipo cacique mexicano —que indudablemente le sirve de modelo, han querido explicar más bien la realidad de un medio ambiente, esquematizando y ajustando a las relaciones existentes en tal medio, las características del ente de ficción.

Se ha afirmado también que Rulfo no pretende presentar lo regional, lo folklórico o lo costumbrista, sino que logra trazar lo que rige hondamente las vidas de los personajes cuyo parecido con los habitantes de cierta región está fuera de duda. La comparación demasiado precisa entre el personaje y su prototipo en la realidad impide el análisis de toda una serie de problemas éticos, morales, tradicionales, situaciones sociales y culturales, o sea, el análisis de todo aquello que de verdad rige hondamente la vida del ambiente y que está en las bases mismas de la conducta de Pedro Páramo y de los demás personajes. A este propósito me parece pertinente citar en parte la observación que hace Rulfo durante una conversación con Joseph Sommers: «No utilizo nunca la autobiografía directa. No es porque yo tenga algo en contra de ese modo novelístico. Es simplemente porque los personajes conocidos no me dan la realidad que necesito y que me dan los personajes imaginados». El brusco salto que en el análisis se hace desde el personaje hasta la personalidad queda invalidado, y las palabras de Rulfo son buena prueba de que no insistimos en pura distinción terminológica, sino en la diferenciación entre la realidad literaria y la extraliteraria. El doble fondo del personaje Pedro Páramo, déspota por un lado, que por el otro esconde frustraciones que provienen de aquellas características de su psique suprimidas por el deseo de poder, pero no por esto menos necesarias en la formación del personaje, en una recepción inicial posiblemente den —por el mismo contraste— un matiz que acentúa su existencia de tirano. Aunque la energía e imaginación de Pedro Páramo progresan y se convierten en sentimientos negativos (venganza, desprecio de la mujer como consecuencia de la propia frustración, avidez de poder), esta progresión en la novela se da por entendida, y nosotros la tenemos que intuir guiándonos por la serie de valores de orden psicológico preestablecido. Sin embargo, la ausencia del desarrollo psicológico del personaje de por sí se ofrece como signo dentro del texto: estamos de acuerdo con Joseph Sommers cuando destaca: «No sólo el protagonista no logra evolucionar, a la manera tradicional del personaje "redondo", sino que su personalidad y su individualidad son discernibles sólo en los términos más simples, más esenciales. El alcance de su vida interior está limitado a su amor por Susana, en breves destellos que resultan engrandecidos por no haber más referencias a otras áreas de su psique, y a causa de su concentrado lirismo». Lo lírico, o sea, la faceta psicológica de Pedro Páramo, no se da de manera esquemática porque sirva de apoyo a la presentación del posterior carácter tiránico de Pedro Páramo: su carácter tiránico está igualmente esquematizado, y hasta cierto grado también está dejado a la intuición; una faceta del personaje tan sólo puede complementar a la otra para obtener al personaje como signo completo, y es este signo el que funciona dentro de su código, proyectando y causando las circunstancias por las que llegamos a la oposición entre Pedro Páramo y el resto de los personajes, a la situación en que su tiranía reduce a éstos a una serie de sombras sin voluntad propia, y que nos choca como tremendamente angustiosa.

La angustia que invade el ambiente presentado ha tenido mucho eco en la crítica rulfiana. Su recurrencia es comprensible, aunque no lo es siempre su interpretación. Toda vinculación de esta impresión general que se tiene después de la lectura con la relación entre Pedro Páramo y los demás personajes, con la consciencia del pecado, evidente en algunos de ellos, y con la final consciencia del lector de la pena en que vagan todas las ánimas de los que una vez fueron habitantes de Comala, con el fatalismo primitivo, con la ausencia de la actividad externa de los personajes, es pertinente y funciona perfectamente en el análisis literario. Resulta embarazosa, sin embargo, su pronta y demasiada directa vinculación con la experiencia de la angustia que el lector de nuestro tiempo, o sea, el lector en la modernidad, pueda tener independientemente de la lectura del texto. Constatar que Rulfo trae a la prosa mexicana la subjetividad contemporánea, la angustia del hombre moderno, no es un error, pero el análisis que parte de esta constatación necesariamente busca en la relación entre los personajes puntos en que brota este sentimiento, y descuida en ella otras facetas que puedan llevar a otras conclusiones distintas. Es decir, la recepción de la angustia en la novela por parte del lector moderno (y, por ende, cultivador de la angustia en su propia experiencia vital) está justificada y queda fuera de duda, como uno de los elementos más importantes en el proceso complejo que es la lectura. Pero Pedro Páramo (tanto el personaje como la novela) no representa la angustia tal y como la experimenta el hombre moderno. Su ambiente es diametralmente opuesto; en él rigen reglas muy distintas, la inseguridad de sus personajes es de índole distinta a la del lector moderno. Sin embargo, el lector moderno no la entendería sin su propia experiencia.

Tal vez sea la búsqueda del trasfondo mítico en la novela la que más se ha dado en el análisis de Pedro Páramo, notablemente de su personaje principal. Mirándola más de cerca y quedándonos siempre en los análisis del personaje Pedro Páramo, podemos ver que esta interpretación se puede dividir en tres tipos: la que se efectúa por medio de la comparación con los mitos griegos; la que acentúa las bases universales de los mitos en *Pedro Páramo,* y la que explica la recreación de lo que se ha venido a llamar «los mitos mexicanos». La definición de Pedro Páramo por oposición a lo que la tradición occidental asocia con Ulises —«Ulises de piedra y barro», para dar un ejemplo— es elocuente en cuanto a las referencias culturales ya tipificadas que influyen en algunos tipos de recepción; nos revela tan sólo este eslabón en el proceso de comunicación que la obra supone y es pertinente sólo en cuanto a él (cosa no del todo prescindible). Son mucho más cabales, en cuanto a la explicación del proceso receptivo completo, las interpretaciones que han logrado explicar la naturaleza del personaje Pedro Páramo siguiendo la línea que va desde lo universalmente recurrente en los mitos, hasta los mitos mexicanos, porque rehúyen al nominalismo y prueban la correlación entre los signos de la novela —sueños irrealizados, sentido de la culpa y ausencia de perdón, la intemporalidad, la falta del acontecer histórico, lo circular de los destinos— vinculados estrechamente con la índole del personaje Pedro Páramo sugieren, más que nada, situaciones aceptables sólo dentro de los esquemas míticos preestablecidos por el lector. La combinación específica de circunstancias presentadas en el conjunto del contenido de la novela

remiten, sin embargo, a lo que serían justamente los mitos mexicanos (el mito de la Malinche que incluye al hijo bastardo desposeído de sus derechos, el machismo, la omnipresencia de la muerte...). Por tanto, el personaje principal, como uno de los elementos que forman la estructura de la novela, puede ser cabalmente entendido solamente por medio de los soportes míticos.

El peligro que se presenta en la explicación de la novela como producto de una civilización específica (mexicana) es una búsqueda de arquetipos a toda costa, o sea, la búsqueda de lo que más se parezca a las situaciones en la novela tanto dentro como fuera de la civilización mexicana. En los casos que se han dado de tal tipo de análisis, la recepción de la novela de Rulfo por parte de su crítica no pocas veces ha corrido la suerte de la novela mexicana anterior a la de Rulfo: la temática quemaba sus manos. Los personajes de *Pedro Páramo,* partiendo del personaje Pedro Páramo, son una suma de arquetipos logrados, como muy bien lo concluye Julio Ortega en el artículo «La novela "Pedro Páramo", suma de arquetipos»; sin esta condición no se podría proceder a la interpretación mítica del texto dentro de su contexto cultural específico, y, menos todavía, dentro de la totalidad de la experiencia literaria del receptor. El aferrarse al cotejo de los personajes y situaciones con tipos (sea regionales, sea étnicos) y circunstancias socio-históricas que hasta cierto punto sirvieron de lo que se ha venido a llamar modelo de una realidad determinada extraliteraria, o con tipos y situaciones que no tienen que ver con el ámbito sociocultural en que surge la obra *Pedro Páramo,* rebasa los límites aceptados dentro del análisis literario. Para dar un ejemplo extremo, veamos lo que pasa con el personaje cuando se compara el ambiente de la novela con las reglas sociales vigentes en Europa en el siglo XVII: en los dos ámbitos vemos elementos de la sociedad feudal insertos en el orden social nuevo, con autoridades cuyas formas debieron de haberse transformado hace mucho tiempo. Lo que resulta de este cotejo son una serie de características (poder, temor, angustia) extraídos a sus portadores —signos en el texto o relaciones entre ellos que, una vez fuera del código al que pertenecen, se revisten de simbólica: se analiza a Pedro Páramo por tiránico y extemporáneo, lo cual lo desposee del conjunto de sus características del ente de ficción—. De esta manera, se puede comparar a Pedro Páramo con cualquier persona histórica del XVII igual que con el tirano local de cualquier otra época o espacio. Comportarse con un personaje de ficción como si éste fuera un hecho de la realidad inmediata, atribuyéndole características de personalidad históricamente conocida o desconocida, es darle el trato propio de un hecho extraliterario. Sacando las características de tirano que tiene Pedro Páramo nos centramos en lo que tiñe la mayor parte del contenido de la novela; insistiendo en ellas, perdemos de vista la complejidad del personaje como signo y su interrelación con otros signos del texto. Considerando al personaje dentro del sistema temático de una estructura literaria, vemos que él presenta un nudo de significados de la realidad que crea esta misma obra de arte. Es en el personaje donde confluyen los elementos de orden psicológico, ontológico y sociológico, y es perfectamente posible seguir su desarrollo en la fábula. Su plenitud se logra terminando el texto, cerrando el círculo de la realidad literaria en que él opera como uno de los elementos. En estas conclusiones, claro está, partimos del acuerdo previo por el que consideramos al personaje como un signo perteneciente

al código, a cierto orden cerrado en sí, en el que este signo adquiere su significado. Sacándolo fuera de su código, cambiamos su esencia, y él deja de ser lo que era dentro de su código. Sacando a Pedro Páramo fuera de la obra, cotejándolo arbitrariamente con tipos regionales, con pequeños tiranos y con hombres frustrados que se desahogan en la tiranía, nosotros formamos un símbolo, pero perdemos de vista al personaje.

Los problemas expuestos, que son los que casi de costumbre presentan los análisis de los personajes literarios, muestran muy bien la complejidad y la autonomía de la realidad de la obra de arte. Todo tipo de simplificaciones, las comparaciones erradas de los elementos temáticos que determinan al personaje, son prueba de la evasión del texto, de la simplificación del contexto y de la final pérdida del valor específico e insustituible del conocimiento que ofrece un texto literario. Descubriendo su sentido, o el sentido de una de sus partes —el personaje— llegamos al grano de su mensaje específico, a aquellas características de la obra que determinan la historia social de dos épocas: aquella en que la obra nace, y aquella en que la estamos leyendo. Aquélla, descifrando el significado de la estructura literaria dentro del sistema que le presta sentido, y ésta, investigando concienzudamente nuestro contexto. La comprensión del personaje Pedro Páramo requiere un contexto amplio, y por esto hace falta abstenerse del paso que muy fácilmente puede darse para pasar a una interpretación simbólica, es decir, a otras realidades ajenas a su naturaleza de personaje de ficción.

MIRJANA POLIĆ BOBIĆ
Facultad de Filosofía y Letras.
Departamento de Lenguas y Literaturas
en lenguas romances.
41000 Zagreb. Dure Salaja 3
YUGOSLAVIA